

AZUL COBALTO de Pablo Martín-Carbajal

© Alberto Omar Walls

Cualquier época es buena para leer. Sea en medio de la barbarie internacional o al socaire de un atardecer en Corralejo. Todo libro te aísla para situarte en un mundo que no es el tuyo y conducirte, a través de la letra impresa, a realizar un viaje hasta los confines de otro universo cuyas coordenadas están marcadas previamente por el autor. Un autor de una novela pudiera ser un taxidermista, cuando rellena a sus personajes de guata y paja; o un auténtico alquimista, cuando les confiere el poder inusitado de transformar realidades sustanciales y la simple palabra cotidiana en magia cargada de poder - como cuando Bacon aseguraba transmutar el grosero metal en oro. Toda escritura de calidad lanza al lector a zambullirse en las aguas tormentosas de un viaje sin retorno. Ese es el peligro de la buena literatura, que te inicia en una suerte de múltiples experiencias cargadas de secretos de las que nunca podrás reconocer, en toda la vida, su auténtico impacto ni su última influencia.

La primera novela de Pablo Martín Carbajal, *Azul cobalto*¹, le depara al lector la sorpresa de experimentar un viaje iniciático a lo largo de sus doscientas treinta páginas. Este proceso narrativo, entramado a partir de imágenes plásticas, se conduce a veces en paralelo, otras zigzagueante, junto al que sufre la protagonista -mejor diríamos la antihéroe Dori-, en su tortuoso proceso de recomponerse como persona: es decir, en transmutarse en un ser consciente de su existencia y valedora de su libertad y destino. Hay libros en los que los nombres no son significativos, quizá porque fueron tomados al azar, pero la propia técnica narrativa de *Azul cobalto* necesitaba de una confabulación histórica que le permitiera ahondar a su autor más allá de las simples rutas de navegación creativa: es decir, haber tomado a Frida Kahlo y a su marido Diego Rivera, a esa pareja mejicana tan explosiva del mundo de la plástica y la cultura universal, le confiere a la prosa un rotundo planteamiento trágico desde la misma sustancia de contenido. Los otros nombres pueden ser aleatorios (Angelines, Juan y Juanillo, la tía Mila, hasta el propio Alfredo...), pero asumir como coprotagonistas al dúo Frida y Diego obligaban al autor a ir tan lejos como le permitiera su propio sentido del terror social.

Colocar a una oficinista, un ama de casa, una mujer normal y cotidiana frente a la voluptuosidad desmedida de los deseos reprimidos quizá no habría logrado elevar el relato de Pablo Martín Carbajal a la altura que lo sitúa, porque sólo lo proyectará cuando haya llegado su protagonista, tras haber experimentado algunos de los umbrales del dolor más angustioso, a las

¹ Martín-Carbajal, Pablo, *Azul cobalto*, Ediciones Idea, 2006.

simas infinitas del más abyecto masoquismo, junto al desgarró trágico, la enajenación y el pánico...

Parte del tremendo dolor que se destila en Azul cobalto es compartido por el lector, porque toda la lectura será en su decurso ese rito iniciático que hemos de convivir junto a las dos Dorothy (o muchas más mujeres, si sumáramos también como transferencias la propia Magdalena Carmen Frida, en su retrato doble, a la tía Mila, y a otras mujeres anónimas en este vivir acomodaticio de lo vacío en las ciudades del bien estar). Sólo en parte el lector podrá liberar el tremendo sufrimiento de Dori-Frida, en el duro proceso de haberse hallado a sí misma y descubierto su existencia a la altura de su propio presente. ¿Han pensado alguna vez qué le ocurrirá a un personaje cuando damos por acabada la lectura del libro al llegar la última línea? Sabemos que los personajes no tienen vidas propias, pues sólo podrán vivir en las mentes de los lectores. Y cuando un personaje se te incrusta en la imaginación -como habitará para siempre Diego Rivera en las frentes de los autorretratos de Frida-, podrá tornarse carne viviente. ¿Alguien osará liberar a Dori? ¿Con qué tipo de liberación? Cuando asistimos a la cinematográfica huída de Dori alejándose de su depredador-maestro (Alfredo) en la página 216, que de tan sencilla nos resultó magistral, pudimos pensar por un instante que el autor se había dolido de su personaje doble. Como lector, una salida burguesa para el personaje no la queríamos aceptar, por eso confirmamos la altura trágica de su liberación interna cuando observamos a Dori mantenerse firme frente a su alter ego, su espejo Frida, solamente estando, aprendiendo a ser ella misma desde la conciencia que le proporcionaba la videncia de su vida rota, como al descubierto estará para siempre en el retrato que yace en su memoria la columna fragmentada de Frida.